

AMANDITITA

TRECE LATAS DE ATÚN



PLAZA  JANES

A M A N D I T I T A

TRECE
LATAS DE ATÚN

PLAZA  JANÉS

Desperté con una fuerte migraña, con la resaca del año 2014, con pensamientos en putrefacción, esperanzas fallidas. Toda suerte de reproches desfilaba hacia mí en caravana. El techo me escupía verdades y preguntas. ¿Escucho a la gente? ¿Soy buena amiga? ¿Hago feliz a la gente? ¿Cuido a la gente? ¿Cuido al mundo? ¿Me cuido a mí misma? Sé franca. Amanda, contesta con sinceridad: ¿te cuidas?

Los seres humanos que no tenemos padres, los hombres a los que nadie cuidó ni cuidará, tenemos una responsabilidad enorme sobre nosotros mismos; solemos aprender a partir de la destrucción.

Me duele la cabeza y el corazón. Estoy muy triste. Qué terrible canción la de Víctor Jara, "Te recuerdo, Amanda". Una eternidad de cinco minutos, una despedida prolongada; mi vida es esa canción en loop .

Llevo todo el día en la cama. No voy a salir a ningún lado, no voy a festejar el Año Nuevo; mañana será otro año, otro día. Me duermo profundamente. Sueño mucho, tengo pesadillas; despierto y es de noche. No sé cuántas horas dormí; siento que han pasado días, que es la noche del 1 o del 2 de enero, o hasta del 3 de enero. Prendo el teléfono y descubro que sigo en el 2014 y faltan exactamente cinco minutos para que termine el año.

La idea de que el Año Nuevo me encuentre en la cama me parece una porción extra de decadencia. Me levanto deprisa, me echo agua helada en la cara. ¿Qué hago? Necesito hacer algo, una pequeña ceremonia. No tengo uvas; tampoco tengo deseos. Faltan tres minutos para que entre el 2015; busco mi diario, salgo al jardín y le prendo fuego.

Veo cómo el fuego consume parte de mi vida; se adhiere a las hojas antes de calcinarlas. De la misma forma funciona la pasión: destruye aquello a lo que se pega.

La gente a mi alrededor grita, aplaude; se escuchan trompetas, explotan fuegos artificiales. Sé que todos se están abrazando, besando, soltando globos, pidiendo deseos. Me siento feliz, por ellos.

31 de diciembre de 2014

D.F.

Gummies fluorescentes

Fue un entierro clásico. Yo usaba un vestido blanco, unas sandalias de plástico que estaban de moda: eran unos *gummies* fluorescentes. Aquélla fue la primera vez que vi llorar a tanta gente al mismo tiempo. Una señora me dio un paquetito de Kleenex y me dijo:

—Para tus lágrimas.

—Yo no estoy llorando —le dije, molesta.

—Bueno, para tu mamá —me contestó.

La gente se me acercaba y me abrazaba, me miraba con lástima. Una niña de seis años sabe perfecto cuando la gente siente pena por ella. Bueno, al menos yo lo sabía, y no me gustaba nada. Los amigos de mis padres me daban regalos, cosas que me agradaban de sus casas, como muñequitos de porcelana. Era una especie de cumpleaños pero sin color; algo malo pasaba, algo muy malo. Mi padre estaba muerto. Eso me dijeron, pero ¿qué demonios significaba eso? No lloré, nunca lloré. No lloré por mi padre hasta que fui adulta, ese día.

—Tira un puñado de tierra —me indicó mi abuela.

Detrás de las tumbas había un gato; era blanco, pequeño. Me acuerdo perfectamente de ese momento, lo veía mientras estaba formada en la fila de la gente que le tiraba tierra al féretro. No sabía para qué era la tierra, pero sentí que era importante. Pasó mi turno y me fui tras el gato. No me acuerdo si se dejó acariciar.

Te recuerdo, Amanda

Nací en la ciudad de Tampico un 3 de agosto de 1979.

Mi nombre es Amanda Lalena. Amanda por una canción de Víctor Jara: "Te recuerdo, Amanda". Lalena por una canción de Donovan: "Laléna". Desde ese día he estado rodeada de canciones.

A la edad de catorce años compré mi primera máquina de escribir. Ese año me independicé. Renté un cuarto de azotea en la colonia Condesa, un edificio viejo y descarapelado frente al camellón de Mazatlán. Vivía en un cuarto pequeño, con una diminuta ventana redonda. Recuerdo ese tiempo como la temporada en la que más subí y bajé escaleras: nueve pisos me separaban de la planta baja y los recorría por una escalera de caracol oxidada.

Compartía azotea con la familia de una empleada doméstica que trabajaba en los departamentos del inmueble. Era un matrimonio joven con un niño de unos tres años. Tiempo después la hermana menor de la mucama se mudó: morena de facciones y cuerpo tosco, tendría unos dieciséis años. Los baños estaban afuera de los cuartos. Una mañana me di cuenta de que el hombre espiaba a la hermana de su esposa en la ducha.

No supe qué hacer ante esa conducta aparentemente abusiva; al paso de los días descubrí que eran amantes y que cuando la hermana trabajaba aprovechaban para darse sus cariños. Ellos sabían que yo me había dado cuenta, pero nunca sentí que les preocupara. Tenían razón.

Entré a estudiar a la Sogem gracias a Modesto López, editor de discos Pentagrama, pues me ofreció dos mil ochocientos pesos por las regalías de los discos de mi padre, quien antes de morir en el terremoto de 1985 dejó un legado de más de setenta canciones.

Casi siempre tenía hambre; vivía de latas de atún que comía afuera del cuarto, sentada en los lavaderos mientras observaba la vida de mis vecinos. Antes de ir a la escuela tomaba un café por diez pesos en el Café la Selva y me quedaba horas escribiendo en una libreta una novela que nunca terminé. Por las noches transcribía el texto en mi máquina de fierro hasta que me dolían mis pequeños dedos. Pasaba mucho tiempo caminando, siempre estaba sola. Yo no lo sabía, pero fue la época más feliz de mi vida.

Tres naranjas

Amarillas como el sol.
En mi corazón hay naranjas,
redondas y dulces.

Mi abuela no miente, no miente nunca y por eso es muy cruel:

—Deja de mirar la ventana, Ramón, tu mamá ya se fue de borracha; no la esperes, no va a venir en unos días, y eso a ver si vuelve —me aventó una cobija e indicó que me durmiera en el sillón.

Mi abuela está enojada porque no se puede hacer cargo de mí: apenas si le alcanza para comer. Otro gallo cantaba cuando mi papá nos pasaba dinero, pero desde mi cumpleaños número nueve ya no nos manda nada.

Mi mamá se lleva con los del mercado de La Lagunilla, sobre todo con el Estuches, el que vende relojes, y es amiga del Monty, quien vende zapatos, y de otros más. Los domingos es el día de La Lagunilla, por eso odio los domingos, pues cuando quitan los puestos llega el del pulque y se emborrachan. Mi día favorito es el lunes, porque faltan siete días para el domingo.

Mi mamá esa vez se pasó: tardó cinco días en regresar. Pensé que ya no vendría nunca, y que ahora todos los días de la semana serían domingo.

Pero por suerte llegó. Eso sí, traía la ropa sucia y apestaba a pura cerveza. Mi abuela le gritó, hasta le pegó; yo la abracé. No quiero hablar más de ese viernes, salvo de las naranjas, las tres naranjas que traía mi mamá en la bolsa, mi fruta favorita.

—Te las mandó el Estuches —me dijo mi mamá.

Le pregunté desde qué día, y ella respondió que desde el domingo.

Después de la bronca con mi abuela, mi mamá se portó bien tres semanas, pero llegado el domingo desapareció de nuevo.

—Ramón, tu mamá sí te quiere —me dijo mi abuela cuando me vio mirando por la ventana.

No le contesté, pero de que me quiere, me quiere, eso ya lo sé: nadie carga tres naranjas tantos días sin comérselas, si no es por amor.

Mocos sobre Ezra Pound

No quise una fiesta de quince años: preferí un viaje a París para caminar la ruta de Cortázar.

Yo era una Maga de muy bajo presupuesto sin un Oliveira, pues nunca había tenido novio. Escuchaba a Silvio Rodríguez, usaba ropa chiapaneca en lugar de los pantalones a la cadera y las ombligueras que invadían los años noventa.

Sí, ya era escritora y para demostrarlo escribía cuentos muy largos llenos de palabras ostentosas y técnicas rebuscadas. Mis personajes tenían nombres rusos. Tras largas descripciones estilo Faulkner, terminaba con escenas fuertes: "Nastia Kuznetsove le chupó la verga a Liosha". Porque yo era una escritora joven, pero muy transgresora.

Había desarrollado un pequeño discurso político, otro sobre la narrativa y uno más sobre la pintura. A la primera oportunidad se los escupía a la audiencia.

Habitaba el mundo pero no era mi mundo. Mi mundo era el de los grandes pensadores. Escribía extensos ensayos con la noble intención de compartir mi experiencia y de paso ubicar a la pobre gente que no sabe disfrutar de un buen poema, que no tiene la sensibilidad de apreciar un cuadro, que es tan estúpida que no tiene una opinión política. No recordaba el contenido de los libros ni el nombre de sus personajes, pero sabía todo acerca de los autores.

A los veintinueve años era un verdadero monstruo, pero me había encargado de que quitaran absolutamente todos los espejos. Era imposible ser más presuntuosa y soberbia. Pero pasó algo que siempre pasa y que nos pone en nuestro lugar a todos: el tiempo.

El impacto de una personalidad como la mía es más breve que la vida de las burbujas de la Coca-Cola.

Yo estaba muy deprimida. Me habían rechazado de una tercera editorial mi novela, mi gran obra de arte de seiscientas páginas y dieciséis personajes.

Me fui a beber al bar del Sanborns sola. ¿Cuántos chistes malos se habrán hecho alrededor de la hora feliz? Mientras me rellenaban el plato de chicharrones vi entrar a una mujer muy hermosa, de cuerpo perfecto, muy delgada pero fuerte; sus brazos eran preciosos, sus piernas delgadas como de Miss Universo, y su vestido, por Dios, ¡qué vestido!, era de una tela impactante. Usaba unos tacones altos y los dominaba a la perfección; traía el cabello recogido con una coleta. Su cara era la de una modelo: mucho maquillaje, brillo en los labios.

“Debería dejar de pintarme los ojos: el rímel luego hace que traiga una lagaña negra.” Mientras yo pensaba eso, sus tacones se encaminaron a mi mesa. Imaginé que me iba a reclamar por verla sin disimulo cuando, para mi asombro, me llamó por mi nombre.

—Eres Malena, ¿no? No... ¡sí eres!

Detrás de la tonelada de maquillaje logré reconocer a Nuria, una de mis ex compañeras de la secundaria; se había cambiado la nariz, pero era ella. Sin pedir permiso se sentó y pidió una piña colada.

—Con mucho piquete —dijo.

Luego sacó sus Marlboro light mentolados y comenzó a contarme lo que había hecho de su vida en los últimos años. Terminó la carrera de cosmetología, puso su propio salón de belleza y conoció a un ganadero que le dio un anillo de cuarenta y nueve quilates; mientras decía esto me enseñó el anillo, la muy reiterativa.

—Es un diamante muy grande —¿qué otra cosa podía yo decir? Además, sí lo era.

Mientras ella hablaba, algo en mí comenzó a arder: furia, envidia, indignación. Y aunque mentalmente traté de subirme al escalón desde donde veo inferiores a las perso-

nas como ella, esta vez no funcionaba: el escalón se disminuía al ras del suelo y ella era... estaba tan, tan, bonita.

—Pídete otro tequila, chula.

—Claro —¿qué otra cosa podía decir?

En eso estábamos cuando llegó su prometido, un hombre muy alto y con facha de ardiente vaquero; sin embargo, tenía cara de niño fresa, bien guapito como les dicen, y usaba un reloj tan caro cuyo costo bien serviría para construir una escuela pública. El hombre la abrazó de la cintura y la besó apasionadamente.

—Mira, bombón: ella es Malena, de la escuela.

El bombón fue muy amable conmigo. Hasta pagó mis tequilas.

—Para mí no es nada —fue lo único que dijo.

Salieron del bar y me quedé sola. Pedí otro tequila y ahí por fin me sinceré conmigo misma. Estoy sola, sola, sola, con toda mi puta cultura, sola con mis cuestionamientos filosóficos. Estallé en llanto. Los meseros, el de la caja, el pianista me veían con pena. Yo rezaba en secreto para que alguien se me acercara a platicar, pero siguieron en sus oficios y yo regresé a mi casa hecha una ruina.

Llegué tambaleándome; entré al estudio, me senté frente al escritorio. No recuerdo cómo terminé por reconocer que mi cara se parece a un peyote. El problema es mi nariz: es tan grande, tan chata; si me quito los lentes no se podría distinguir dónde están mis ojos de alcancía. Lo malo de ser morena son los jiones.

Busqué una botella de tequila que tenía para emergencias. Seguí bebiendo, llorando y odiando mi vida. Un rato después estaba tan encabronada que atenté contra uno de mis más grandes tesoros: una primera edición de un libro de poesía de Ezra Pound. Le arranqué una hoja y me soné con ella; sentí tanto alivio que le arranqué otra, y otra. Tiré el libro al piso y escupí sobre la pasta. No sé por qué, pero me estaba divirtiendo, y eso era una experiencia muy extraña.

Luego de reírme como una loca decidí que quería liberar todo ese pop reprimido, cantar una de Paulina Rubio o Kabah, esas canciones que nunca me permití entonar. La fiesta estaba por comenzar. Prendí la radio a todo volumen, pero por ser domingo a las diez de la noche sólo se sintonizaba la Hora Nacional.